

EL
ASOMBROSO
LEGADO
de DANIEL
KURKA

O EL SECRETO
DE NIKOLA TESLA
MÓNICA RODRÍGUEZ



**EL ASOMBROSO LEGADO
DE DANIEL KURKA
O EL SECRETO DE NIKOLA TESLA**

MÓNICA RODRÍGUEZ



Primera edición: abril de 2016

Edición ejecutiva: Gabriel Brandariz
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Julián Muñoz

© Mónica Rodríguez Suárez, 2016
© Ediciones SM, 2016
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

ISBN: 978-84-675-8581-0
Depósito legal: M-6445-2016
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1

El viaje

Si estás leyendo estas páginas, es que han pasado muchas cosas. Pero no las suficientes. Entre las cosas que han sucedido se encontrará, sin duda, mi muerte, la cual no tiene mérito siendo, como soy, un viejo. Pero esta muerte –la mía– es la única responsable de que estas hojas estén en tus manos por voluntad del difunto, que soy yo, que en paz descansa. He guardado con cautela cuanto aquí se cuenta en espera de que el mundo mereciera tal confesión. No ha podido ser, y dado que todavía eres un niño, aún hay esperanza. Confío en ti. Si crees que no debo hacerlo, te ruego que no sigas leyendo y destruyas estos papeles. Al fin y al cabo, tan solo soy el viejo tío Daniel y ya ni siquiera eso. Ahora soy simplemente un muerto más.

Tienes la misma edad que tenía yo en el año 1942 cuando me subí a aquel barco de refugiados, con un futuro incierto, separándome de lo único que conocía hasta entonces. Me esperaba un puerto: Nueva York. Y una pariente: Helena Zdenka. Mi querida tía Elka, entonces una imagen sonriente, color sepia, que guardaba en el bolsillo de la camisa y que a cada rato palpaba para comprobar que no la había perdido.

Tal vez por eso, porque tenemos la misma edad –yo, el niño de entonces que revivirá en estas páginas, y tú, que las

estás leyendo—, pueda confiarte lo que sucedió y cómo, por cuestiones del azar, este secreto que voy a desvelarte vino a caer en mis manos. Ahora, las tuyas.

Por una serie de acontecimientos difíciles de resumir, llegué a Casablanca a mediados de mayo de 1942, con un grupo de niños españoles, en espera de subir al barco *Serpa Pinto* con destino a Nueva York. Mi tío Vanja consiguió arreglar mis papeles para que huyera de la guerra que azotaba toda Europa gracias a su amistad con el cuáquero William Fox, al que conoció en los avatares de su inquieta vida. Tan solo recuerdo de aquel hombre que era muy alto y que usaba una espesa perilla que se unía a ambos lados de la cara a su corto y oscuro pelo, dándole un extraño aspecto de hombre lobo que sus maneras suavizaban. Llevaba siempre puesto un peculiar sombrero negro y hablaba con una extremada delicadeza. Mi tío Vanja, que por el contrario era bajito y nervioso, no sabía cómo agradecer a William Fox su generosa ayuda y se mostraba con él emocionado, golpeándole la espalda a cada rato y enjugándose los ojos pequeños y enrojecidos.

Encontrar un pasaje y arreglar los visados para ir a Estados Unidos era muy difícil en aquellos años de guerra, en que aquel poderoso país había rebajado la cuota de inmigrantes y solo tres compañías navieras de países neutrales seguían haciendo las rutas por el océano Atlántico, atestado de submarinos alemanes. Sin la intermediación de William Fox para que pudiera viajar bajo los auspicios del Comité Estadounidense para el Cuidado de los Niños Europeos, habría sido imposible aquella travesía que cambió mi vida y que es la responsable de que yo ahora, setenta años después, escriba estas páginas con el secreto que tan obstinadamente he guardado.

William Fox y mi tío Vanja se despidieron de mí en el puerto de Marsella. Mi tío me abrazó nerviosamente y yo sentí sus brazos carnosos y la aspiración intermitente,

como de asmático, agravada por la angustia de la despedida y la incertidumbre de nuestro futuro: el mío, su único sobrino, hijo de su hermano Mirko, retenido en Dalmacia por las tropas fascistas italianas. Y también el suyo propio, Vanja Kurka, que quedaba expuesto a los rigores de la guerra.

–Toma esta fotografía y guárdala bien con tus papeles –me dijo–. No la pierdas. Es Helena Zdenka, una prima de tu madre, serbia como ella, que vive en América desde hace siete años. Helena te recogerá allí.

El tío Vanja me tendió la fotografía de una mujer desconocida, que apenas tuve tiempo de contemplar, y volvió a abrazarme. William Fox me ofreció su mano grande y velluda y dijo en francés:

–Nueva York es la ciudad de las oportunidades. Aprovechelas.

No sonrió.

Subimos al barco y desde la baranda, rodeado de una multitud de hombros y brazos que me apretaban, vi al tío Vanja palmeándole la espalda a William Fox, tan alto y flaco a su lado que parecía un mástil pintado de negro. Al rato, el cuáquero levantó la mano y los dos se hicieron pequeños, confundándose con la algarabía del puerto.

Nunca volví a ver a ninguno de los dos.

Cuando ya el puerto era apenas una marea de luces y rayas, nos reunieron a todos los niños y al resto de refugiados para conducirnos a las bodegas, donde nos acomodaron en cabinas pequeñas con literas y una claraboya por donde se veía el balanceo del mar. Hacía mucho calor y el olor era terrible. Sonaban los motores como un avispero y el movimiento continuo hizo vomitar a más de un niño.

En cubierta encontré mujeres tristes, comerciantes árabes y refugiados esqueléticos que relataban las pesadillas de la guerra en una algarabía de idiomas rumorosa y deprimente.

Entre los niños amparados por los cuáqueros, además del grupo de españoles, había judíos alemanes y polacos. Yo era el único yugoslavo y me sentía diferente del resto de muchachos, unidos por un origen o una religión y en muchos casos por la sangre, pues entre ellos había grupos familiares de tres y hasta cuatro hermanos. Los niños, cuando no estaban mareados o no lloraban, correteaban por el barco y hacían trastadas que nadie impedía, agradecidos tal vez por la alegría de sus voces y sus juegos, que tanta falta hacía en la tristeza chirriante de aquel paquebote.

Recuerdo que nos juntaron a comer bajo el sonido de una campana metálica. Hicimos una fila y nos entregaron un plato y una taza de aluminio. Delante de mí había una niña, algo más alta que yo, que llevaba un abrigo negro, muy grande. Me fijé en que sus hombros se sacudían silenciosamente como si estuviera llorando y que aquel movimiento agitaba una larga y gruesa trenza que le caía por la espalda. Cuando llegó mi turno, un hombre uniformado me echó en el plato dos cucharadas de un líquido oscuro donde bailaban algunas lentejas junto con una mosca, y en la taza, un poco de agua sucia.

Di buena cuenta de aquella bazofia y, con el estómago lleno, me sentí mejor. Apoyé la espalda en la madera del barco y suspiré satisfecho como si hubiese devorado la comida de un rey. Las penurias de la guerra me habían hecho padecer un hambre perpetua. Descubrí a la niña de la trenza, sentada entre otros niños, frente a mí, con el plato intacto, en el suelo. Ella también apoyaba la cabeza en la madera del barco y estaba medio vuelta, abstraída, mirando hacia el cielo. Tenía el mentón redondo, y el pelo deshilachado de la trenza volaba hacia la cara tapándole a ráfagas el rostro. Miré el plato lleno de comida de la niña y aún mi estómago se encogió de hambre. Ella debió de notar mi intensa mirada, porque giró la cabeza y posó sus ojos en mí. Eran muy negros y muy tristes, levemente ausentes. Antes de levantar

tarse y dejar abandonados el plato y la taza de aluminio, asintió con la cabeza como si me diera permiso para comer el potaje que se había dejado.

Corrí hacia el plato y lo zampé con la misma alegría con que me había comido el primero, apartando las piedras que me iba encontrando. Cuando hube terminado, saqué la fotografía que me había dado el tío Vanja e inspeccioné por primera vez la figura de Helena Zdenka, como haría tantas veces a lo largo del trayecto hasta Casablanca y, más tarde, en el barco que nos conduciría a Nueva York.

Aún ahora, setenta años después, soy capaz de ver la imagen de Helena Zdenka en aquella fotografía como si la tuviera delante. Los ojos dulces, la nariz recta, las mejillas rollizas y esa media sonrisa entre el asombro y la intención estética, recortada sobre un fondo claro que resaltaba el artificio de su postura. Era una perfecta desconocida. No había nada en ella que recordara a mi madre. Y, sin embargo, ahora, al cabo de los años, a quien no soy capaz de recordar es a Renata, mi madre, confundida con los rasgos de la tía Elka y sus brazos gordezuelos, su olor a colonia barata o aquella expresión entre risueña y testaruda que ponía al colocarse el uniforme mientras me decía que estuviera quieto, que dejara de corretear por el hotel en el que trabajaba, aquella inmensa torre en el centro de Manhattan.

Debo hacerte una aclaración antes de seguir adelante para que comprendas las extraordinarias circunstancias que envolvieron a mi familia desde el principio de los tiempos, que, en cierta medida, ayudaron al desenlace de lo que aquí te estoy narrando. La familia de mi madre era de ascendencia serbia y, por tanto, profesaba la religión ortodoxa. Sin embargo, tanto mi madre como su prima Helena se casaron con croatas y, en apariencia, abandonaron su religión para aceptar el catolicismo. Mi padre era un croata dedicado a las labores del campo y a la ebanistería que no daba demasiada importancia a las cuestiones

religiosas. Consideraba que las diferencias étnicas, el misticismo y los nacionalismos exacerbados de nuestro convulso país eran síntomas de un retraso intelectual y humano, opinión que no solo heredé, sino que he abanderado hasta el final de mis días, que, como bien sabes, ya ha llegado. Siendo así, mi padre me crio en un catolicismo permisivo con los ritos y las ceremonias ortodoxas, que mi madre siguió practicando a escondidas y de los que fui testigo durante mi corta infancia con ella.

Antes de la muerte de mi madre, vino a suceder otra desgracia que fue, como comprenderás ahora, clave para mi posterior viaje a América. El marido de Helena Zdenka murió en las revueltas de los campesinos croatas a finales de 1934, a manos de la policía monárquica serbia. Este hecho llevó a la prima de mi madre a tomar un barco y abandonar el reino de Yugoslavia para emigrar a América, ayudada por la familia croata de su difunto marido. Apenas andaba yo por los cinco años y nada recordaba de ella. Ni siquiera su nombre.

Mi madre murió tres años más tarde, en 1938, a causa de una dolencia respiratoria. La confusión de los años de guerra y las peripecias que hube de vivir hasta mi huida a América borraron los recuerdos de aquella mujer que me tuvo en su seno y me cuidó, como también la vida en América se fue encargando de borrar los rasgos y la voz de mi padre, huido en una noche de guerra, en el año 1941, tras la invasión de las potencias del Eje, dejándome a solas con el tío Vanja.

Al parecer, mi madre tenía una prodigiosa memoria, que yo había heredado. Había sido una campesina enérgica y tímida, como solían ser las campesinas de la península de Istria, según me fue relatando la tía Elka con el paso de los años. Conocía repertorios enteros de poesía europea y pasajes eclesiásticos que recitaba mientras hacía las tareas del hogar o las agrícolas, y que la propia tía Elka se encar-

gaba de recordármelos recitándolos algunas noches. No sé si en mí perdura el recuerdo de mi madre murmurando aquellos textos o simplemente he construido ese recuerdo a partir de las imágenes que las palabras de la tía Elka han ido dibujando en mi memoria, pero cierro los ojos y soy capaz de ver a una mujer grande y alegre, de rasgos borrosos, fregando en la cocina unos trapos mientras musita oraciones y poemas, en un tiempo en el que no había muertos ni hambre ni miseria. Ese tiempo que por entonces, siendo yo aquel chaval enrolado en una aventura forzosa, evocaba como si hubiera sido un sueño y que ahora, tantos años después, es simplemente el recuerdo de aquella evocación, tumbado en la cubierta de un barco que me alejaba de Europa y que en ocasiones me cegaba los ojos en un llanto que, sin embargo, no llegaba a desatarse.

Me froté los párpados al tiempo que el viento agitaba la fotografía, que puse a buen recaudo en mi bolsillo, y dejé en la cubeta los dos platos y los vasos de hojalata, que restallaron contra el resto de la vajilla.

Pasé mi primer día de navegación entre melancólico y excitado, recorriendo los recovecos del barco. Descubrí un lugar solitario en el puente donde podía contemplar a mis anchas el mar y la costa, y allí me pasé prácticamente los días que duró la travesía hasta llegar a Casablanca. Me entretenía atendiendo a las conversaciones de los marinos y las faenas y los gritos de los pescadores que se veían desde cubierta. Navegábamos muy cerca de la costa, flanqueados por dos buques destructores que nos protegían.

Cruzamos el estrecho de Gibraltar, hicimos escala en Orán y continuamos rumbo hacia Casablanca. De las pocas cosas que recuerdo del viaje fue mi encuentro, en cubierta, con un hombre extremadamente delgado, con la nariz aguilena, como una daga sobre aquella cara huesuda. Se puso a mi lado y rompió a llorar. Después me dijo algunas palabras en alemán y, al ver que yo no entendía, se expresó

en francés. A pesar de mis escasos doce años, yo hablaba croata, que no difiere del serbio salvo en ciertas variedades dialectales, y también francés e italiano. Era capaz además de chapurrear el inglés, y comenzaba a entender algunas palabras en español. La necesidad agudiza las lenguas.

—¿Tú también eres judío? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza, receloso, mirando a aquel desgraciado que aún tenía restos de llanto en su rostro enjuto.

—Pero estás en este barco como todos nosotros —dijo—. Une más la desgracia que la religión.

Yo no sentía ninguna unión hacia aquel hombre que, sin embargo, se obstinaba en hablarme y contarme su infortunada biografía. Y en verdad que lo era, como la de cada uno de los infelices que viajábamos en aquel barco. Entre él y yo distaban unos buenos años; yo, como niño que era, no podía detenerme en la miseria, y él parecía regodearse en su desdicha.

—Te pareces mucho a Ezra —me decía—. Debes de tener la misma edad que tendría Ezra si no lo hubieran asesinado. Era mi hermano, ¿sabes? Ezra. Murió en mis brazos.

Yo no quería parecerme a Ezra ni seguir hablando con aquel judío; sin embargo, la compasión empezó a anidar en mi pecho y acabé contándole de mi huida a Nueva York, de Helena Zdenka, que trabajaba en el hotel New Yorker, uno de los más lujosos de Manhattan, y de la vida que en aquella ciudad de las oportunidades y la luz nos aguardaba a todos. Él sonrió tristemente y me rogó que le abrazara.

Me quedé en suspenso, sin comprender del todo lo que me pedía. El hombre abrió los brazos y me atrapó en lo que más parecía el lazo corredizo de una soga que un abrazo, y comenzó a sollozar de nuevo. Aguanté lo que pude hasta que conseguí desembarazarme de aquel desdichado y alejarme de allí, dejándolo inclinado sobre la baranda. Todas aquellas tristezas eran demasiado grandes para un niño, y me limité a esquivarlo el resto del tiempo que duró la

travesía. Sin embargo, el recuerdo de aquel hombre y aquel abrazo perdura en mí como símbolo de todas las desgracias que convivían en aquel viejo paquebote y que son las verdaderas realidades de la guerra.

Poco antes de llegar a Casablanca, volví a ver a la niña del abrigo grande y negro. Estaba en cubierta y hacía y deshacía un barco de papel. Sus ojos volvieron a tropezar con los míos. En ese momento, el buque soltó su sirena y un montón de gaviotas nos sobrevolaron. Estábamos cerca de la costa. Los dos, junto con otros pasajeros, nos acercamos a la barandilla para ver el puerto que se abría ante nosotros, con sus casas pequeñas y sus minaretes y sus barcos, algunos de guerra.

Ella me miró un instante antes de volver los ojos hacia aquel horizonte de barcos y casas. Nuestros hombros se rozaban y aquel tacto se unía a la emoción de haber alcanzado sanos y salvos el primero de nuestros destinos.

Habíamos llegado a Casablanca.